

II. La organización de la convivencia

2.1. Los tiempos de la vida familiar

Con la creciente desaparición de la familia tradicional derivada de la incorporación masiva de las mujeres al mercado de trabajo y la creciente importancia de las familias monoparentales, la organización de los tiempos familiares se ha vuelto cada vez más compleja. Es el conocido problema de la conciliación de la vida familiar y laboral, que afecta no sólo a las familias con hijos preescolares, sino que, en realidad, afecta a todas las familias con hijos dependientes, pues su cuidado y atención no se acaba con la entrada en el colegio, sino que se extiende a lo largo de todas las fases del ciclo familiar.

Hay un estado de opinión generalizado que tiende a sostener que, en la actualidad, los padres dedican muy poco tiempo a sus hijos y que abundan «los niños con la llave», esto es, los que cuando salen del colegio y vuelven a casa, no se encuentran a ningún padre que se haga cargo de su cuidado y atención. Al menos, así lo creen dos de cada tres padres encuestados, no habiendo grandes diferencias según el sexo del entrevistado o su estatus laboral; incluso las mujeres que trabajan o están separadas/divorciadas tienden a pensar que hoy los padres no dedican suficiente tiempo a sus hijos. También en el grupo de discusión de los jóvenes apareció esta evaluación de la familia actual.

Este estado de opinión que se proyecta sobre lo que pasa en «las otras familias» contrasta, sin embargo, con la respuesta que proporcionan los hijos cuando se les pregunta si sus propios padres les han dedicado suficiente tiempo. Así, sólo una minoría considera que sus padres no les han dedicado suficiente tiempo, siendo los padres varones y no las madres, independientemente de su biografía laboral, quienes mayores críticas reciben de sus hijos. Así lo hemos

podido constatar en una encuesta que hemos realizado en la Comunidad de Madrid a una muestra de jóvenes de 14 a 25 años,⁽¹⁾ donde el 90% de los entrevistados consideraron que, en conjunto, su madre les había dedicado suficiente tiempo, frente a un 72% que decían lo mismo sobre su padre. El estatus laboral de la madre no guarda relación con la valoración del tiempo dedicado por la madre, y las diferencias que hay en esta valoración entre los hijos de familias monoparentales y biparentales no es muy grande (84% frente a 92%). Sin embargo, no cabe afirmar lo mismo de los padres varones. Los padres varones ausentes se dan sobre todo cuando se han separado o divorciado (un 65% de los jóvenes entrevistados, hijos de padres separados, afirmaron que no les habían dedicado suficiente tiempo), aunque también cabe encontrar una proporción muy elevada de padres ausentes entre quienes no se han separado (21%).

No obstante, al respecto, es preciso señalar que, en realidad, cuando los adultos afirman que los padres de hoy dedican poco tiempo al cuidado de sus hijos no se está haciendo referencia tanto a las exigencias temporales del trabajo de los padres, como a los profundos cambios en los estilos educativos que están teniendo lugar en la actualidad. La escasa dedicación temporal se asocia, en este sentido, a una educación permisiva, entendida como carente de fuerza y voluntad para imponer determinadas normas y costumbres mucho más restrictivas a los hijos. Sobre este aspecto nos detendremos en el próximo capítulo.

En este apartado, queremos analizar algunos aspectos temporales de la vida familiar, centrando nuestra atención sobre todo en los tiempos de trabajo y en las horas de regreso a casa de los distintos miembros de la familia. A partir de estos datos, podremos evaluar el alcance del fenómeno de los «niños de la llave». Para ello nos valdremos, por un lado, de la Encuesta de Empleo del Tiempo, realizada por el Instituto Nacional de Estadística durante los años 2002 y 2003, así como de nuestra Encuesta sobre las relaciones padres-hijos.

La hora de levantarse por la mañana

Comparativamente con otros países europeos, la hora de levantarse por la mañana en España es relativamente tardía, pues a las 6 de la mañana sólo un

(1) G. Meil (2005), Encuesta pareja y familia en el horizonte vital de las nuevas generaciones. Proyecto de investigación financiado por Comunidad de Madrid, Consejería de Educación, Dirección General de Universidades e Investigación, proyecto 06/HSE/0006/2004.

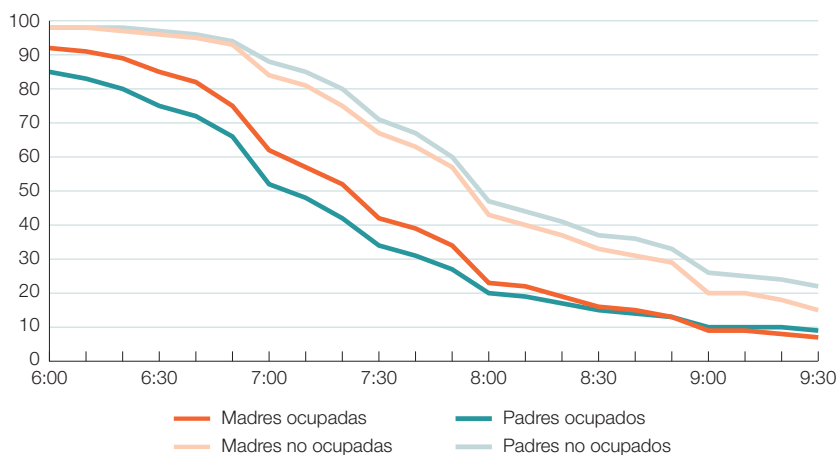
14% de los padres y un 6% de las madres estaban levantados, bien porque ya trabajaban (una proporción muy pequeña, véase gráfico 2.3) o porque se disponían a hacerlo en breve. Una hora más tarde, aún duermen más de la mitad de los padres, pero a las 7:30 ya sólo lo hacen un tercio frente a la mitad de las madres y a dos tercios de los hijos. A las 8 de la mañana todavía están durmiendo, entre semana, un 25% de los padres, un 30% de las madres y un 41% de los hijos menores de 18 años. Por tanto, mientras los padres varones tienden a levantarse durante la semana entre las 6:00 y las 7:30, las madres lo hacen entre las 6:30 y las 8:00 y los hijos entre las 7:30 y las 8:30 (véase el gráfico 2.1).

Hay grandes diferencias, no obstante, según el estatus laboral de los padres, como puede observarse en el gráfico 2.1. Entre semana, los padres que no tienen un trabajo remunerado se levantan más tarde que los que trabajan, independientemente del sexo. Cuando trabajan, los padres varones se levantan antes que las madres, pero cuando no es el caso, lo hacen más tarde. La hora de levantarse está condicionada, entre otros factores, por las características

GRÁFICO 2.1

Hora de levantarse por la mañana: porcentaje de padres que están durmiendo a distintas horas en un día de entre semana

En porcentajes según el sexo y el estatus laboral



Fuente: INE (2004), Encuesta de Empleo del Tiempo 2002-2003, elaboración propia a partir de los microdatos. Submuestra padres con hijos.

del trabajo, de forma que cuando éste es a tiempo parcial o siendo a tiempo completo, la jornada es partida, la hora de levantarse es algo más tardía. En los municipios de mayor tamaño, la hora de levantarse es más temprana, pero en los fines de semana es más tarde.

Los fines de semana, la hora más frecuente de levantarse de los padres es las 9 de la mañana, no habiendo grandes diferencias según el sexo del progenitor. Los hijos, como entre semana, lo hacen más tarde, tanto más cuanto mayor es su edad.

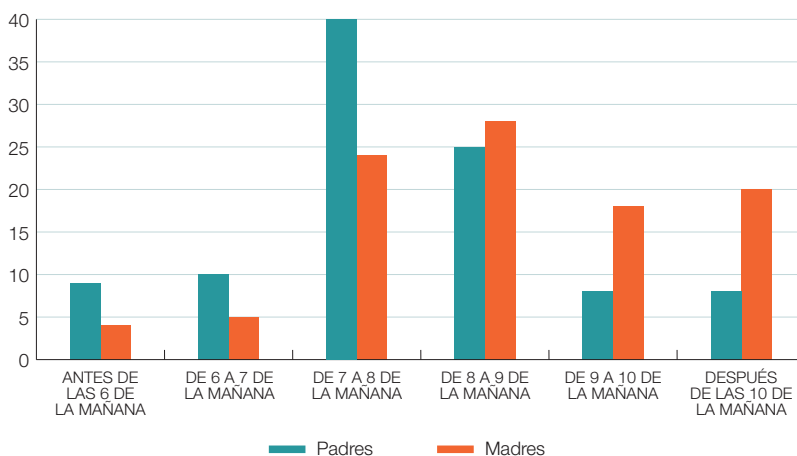
La hora de inicio de la jornada laboral

Estas diferencias en los ritmos temporales de los distintos miembros de la familia, como es fácilmente imaginable, se acentúan a lo largo de la jornada. Como puede verse en el gráfico 2.2, los padres varones tienden a entrar antes en el trabajo que las madres con un trabajo remunerado, y también tienden a salir más tarde, pues dedican como media 9 horas semanales más al trabajo remunerado que sus cónyuges (41 h 39 min frente a 32 h 32 min). Como media, las madres con un trabajo remunerado entran una hora más tarde que

GRÁFICO 2.2

Hora de entrada al trabajo en un día estándar de entre semana de los padres según el sexo

En porcentajes



Fuente: INE (2004), Encuesta de Empleo del Tiempo 2002-2003, elaboración propia a partir de los microdatos.

los padres (a las 9:20 frente a las 8:20), si bien hay grandes diferencias de unos casos a otros. La hora más frecuente de comienzo de la jornada laboral de los padres varones es entre 7 y 8 de la mañana, de forma que a las 8 ya han entrado a trabajar dos de cada tres padres. Los que comienzan después de las 9 sólo son una minoría, como lo son también los que tienen trabajos nocturnos. La incorporación de las madres al trabajo remunerado es, en general, más tardía y también más escalonada. Lo más frecuente es que entren entre 8 y 9 de la mañana y, en menor medida, de 7 a 8, aunque más de un tercio entran después de las 9 de la mañana.

En principio podría pensarse que el inicio de la jornada laboral está condicionado por el tamaño del municipio de residencia, pero ni las horas de entrada ni las de salida del trabajo están condicionadas por el lugar en el que se vive y se trabaja. Los horarios, en este sentido, son bastante uniformes a lo largo del territorio, y están condicionados sobre todo por el tipo de actividad de la empresa en la que se trabaja.

Lo que cambia con el tamaño del municipio son los tiempos de transporte: los ciudadanos de las grandes conurbaciones tienen que dedicar mucho más tiempo al transporte desde la vivienda al centro de trabajo que los que viven en ciudades más pequeñas. Así, mientras el 55% los padres residentes en municipios de menos de 10.000 habitantes tardan menos de un cuarto hora en llegar al trabajo y un 29% adicional, entre un cuarto y media hora, las proporciones entre quienes viven en municipios de entre 100.000 y 500.000 habitantes son del 36% y 46% respectivamente, y entre quienes viven en municipios de mayor tamaño son del 28% y 44%, respectivamente (véase la tabla 2.1). En Madrid y Barcelona, casi la mitad (40%) de los trabajadores necesitan más de media hora para desplazarse al trabajo. En el conjunto nacional, no obstante, la mayoría de los padres viven cerca del trabajo, pues casi la mitad (44%) tarda menos de un cuarto de hora, y un tercio, entre un cuarto y media hora, tardando el 19% restante más de media hora (MTAS, 2004).

La flexibilidad en la hora de entrada al trabajo no está muy generalizada: más de la mitad de los hombres (59%) y dos de cada tres mujeres no tienen flexibilidad alguna para entrar o salir del trabajo. La posibilidad de modificar la jornada de trabajo, además, está más condicionada por las características específicas de la relación laboral (asalariado o no) de la empresa en que se traba-

TABLA 2.1

Tiempo que tardan los padres en llegar al trabajo

En porcentajes según el tamaño del municipio de residencia. Ambos sexos

	MENOS DE 10.000 HAB.	DE 10.001 A 100.000 HAB.	DE 100.001 A 500.000 HAB.	MÁS DE 500.000 HAB.	TOTAL
Menos de 15 min	55	48	36	28	44
De 16-30 min	29	34	46	44	37
De 31-45 min	10	10	10	16	11
De 46 min-1 h	5	4	4	8	5
De 1-1:30 h	1	2	2	3	2
Más de 1:30 h	1	1	2	1	1
Total	100	100	100	100	100

Fuente: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales (2005), Encuesta de calidad de vida en el trabajo, 2004, elaboración propia sobre los microdatos. Submuestra entrevistados con hijos.

ja y del lugar que se ocupa en las mismas, que por las circunstancias familiares o el tiempo que se tarda en llegar al trabajo. Los trabajadores autónomos declaran tener mucha mayor flexibilidad que los asalariados (59% frente a 11%), y en las grandes empresas hay más flexibilidad de horarios que en las pequeñas y medianas. Si la jornada es continua, cualquiera que sea la relación laboral, también es menos probable tener flexibilidad de entrada y salida del trabajo que si es partida. Por otro lado, los directivos tienen más posibilidades de recurrir a la flexibilidad que quienes no tienen responsabilidades decisorias. Mientras que alrededor de un 80% de los directivos tienen flexibilidad horaria, aunque también tienen jornadas más largas, sólo un 12% de los empleados disponen de esta posibilidad (MTAS, 2004).

Como hemos visto en el capítulo I, el tipo de trabajo que tienen los padres varones es, en su inmensa mayoría, a tiempo completo (96%), mientras que entre las madres hay un 23% que tienen trabajo a tiempo parcial, en dos de cada tres casos debido a que no encuentran otro tipo de trabajo o a las características específicas de éste. Sólo un 7% de las madres que trabajan afirman hacerlo a tiempo parcial por motivos familiares. El trabajo a tiempo parcial es tanto más frecuente cuanto mayor es el tamaño del municipio, llegando a un tercio en los municipios de más de medio millón de habitantes, y no varía sustancialmente con la edad de los hijos. Por otra parte, en la mayoría de los casos, la organización temporal del trabajo es mediante jornada continuada,

TABLA 2.2

Lugar en el que comen los padres con un trabajo remunerado en un día laborable

En porcentajes según el tamaño del municipio de residencia. Ambos sexos

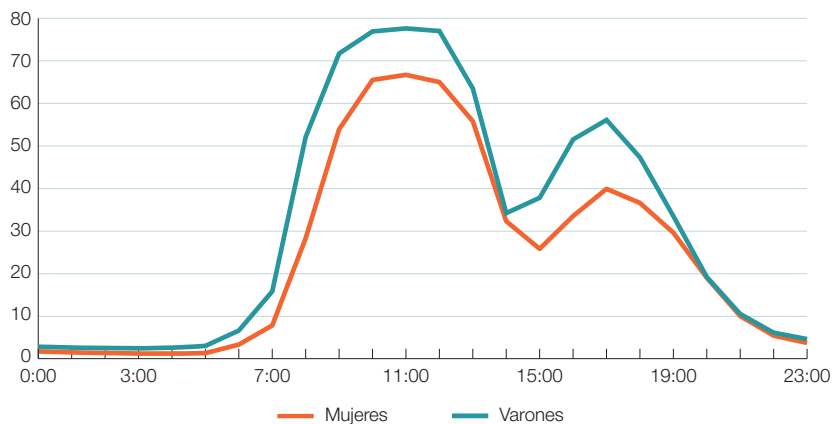
	MENOS DE 10.000 HAB.	DE 10.001 A 100.000 HAB.	DE 100.001 A 500.000 HAB.	MÁS DE 500.000 HAB.	TOTAL
Padres					
Comen en casa	70	67	69	57	67
Comen fuera de casa	30	33	31	43	33
Total	100	100	100	100	100
Madres					
Comen en casa	83	81	78	72	79
Comen fuera de casa	17	19	22	28	21
Total	100	100	100	100	100

Fuente: INE (2004), Encuesta de Empleo del Tiempo 2002-2003, elaboración propia a partir de los microdatos. Submuestra padres con hijos.

GRÁFICO 2.3

Personas ocupadas que se encuentran trabajando a distintas horas de un día laboral promedio

En porcentajes según su sexo



Fuente: INE (2004), Encuesta de Empleo del Tiempo 2002-2003. Tablas de resultados. En www.ine.es.

siendo mucho más frecuente esta jornada entre las madres que entre los padres (63% frente a 52%), y tanto más si son asalariados que si son empresarios o autónomos (63% frente a 39%), así como entre los residentes de las grandes ciudades. Bien porque viven cerca, bien porque la jornada es partida o porque si es continuada terminan relativamente pronto, muchos padres comen en casa, y con mayor probabilidad si sólo trabaja uno de los cónyuges, pero también cuando ambos trabajan. Así, en el 80% de las familias en las que ambos padres trabajan, la madre come en casa y, en el caso de las familias monoparentales este porcentaje alcanza el 76%.

A pesar de la elevada proporción de trabajadores que tienen jornada continuada, la proporción de padres que se encuentran trabajando por la tarde en un día de semana normal es elevada, aunque, en general, por debajo del 50%, como puede observarse en el gráfico 2.3.

La hora de salida del trabajo

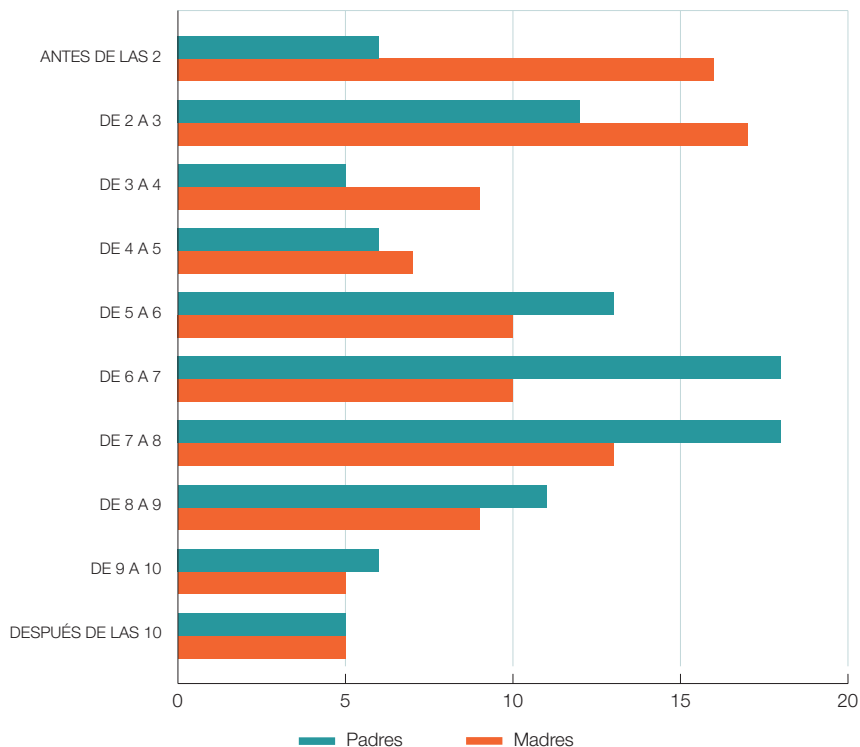
Las madres salen del trabajo, como media, a las 5:30 de la tarde, y los padres varones casi una hora más tarde, a las 6:20, pero con una variabilidad mayor que en el caso de la entrada, pues, en muchos casos, las jornadas tienden a prolongarse a lo largo de la tarde. No obstante, la opinión generalizada de que los varones salen «muy tarde» del trabajo (en el sentido de que salen «a la noche») no se ajusta plenamente a la realidad, pues si bien es cierto que salen más tarde del trabajo que las mujeres, la proporción de los que se encuentran trabajando en un día laboral normal después de las 7 de la tarde es una minoría, aunque ciertamente importante, como puede observarse en el gráfico 2.4. En las grandes ciudades, la situación es algo diferente, y así, en una gran metrópoli como es Madrid y todo su cinturón metropolitano, con los grandes problemas de tráfico que hay por las tardes, la proporción de padres varones que llega a casa después de las 7 de la tarde es de alrededor del 40% (25% después de las 8 de la tarde), según una encuesta que realizamos en 2003.

La hora más frecuente para los padres varones de salir del trabajo son entre las 6 y las 8 de la tarde, aunque para las 6 de la tarde ya un 43% ha concluido su jornada laboral (incluyendo a quienes trabajan de noche). Si sumamos como máximo media hora de tiempo para llegar a casa, la inmensa mayoría de los padres disponen todavía de una parte apreciable de tiempo libre para

GRÁFICO 2.4

Hora de salida del trabajo en un día estándar de entre semana de los padres según el sexo

Horas referidas a la tarde. En porcentajes



Fuente: INE (2004), Encuesta de Empleo del Tiempo 2002-2003, elaboración propia a partir de los microdatos.

dedicarse al cuidado y atención de sus hijos, habida cuenta de lo tarde que tienden a acostarse éstos. Las madres que trabajan tienden a salir entre las 5 y las 8 de la tarde, si bien ya un 42% ha concluido su jornada de trabajo antes de las 4 de la tarde, y son más de la mitad las que han terminado antes de las 6 de la tarde. Hay, no obstante, una proporción nada despreciable y casi igual a la de los varones (19%), que sale de trabajar después de las 8 de la tarde.

Los trabajadores que salen más tarde del trabajo no sólo son los ejecutivos, que suelen tener reuniones después del horario de trabajo normal, muchas

veces en un irracional afán por controlar la fidelidad para con la empresa, sino también en muchas otras profesiones de atención al público (monitores/profesores de tiempo libre, sanitarios, trabajadores en los sectores de restauración, transporte o comercio y un largo etc.). De hecho, no hay grandes diferencias según el nivel de estudios en las horas de salida del trabajo.

La estructura de los horarios de trabajo en España es bastante irracional, pues deja a muchas personas con poco tiempo libre para dedicarlo a su vida privada, habiendo muchos tiempos muertos en la jornada laboral. Esta circunstancia es negativa, en general, para la calidad de vida en el trabajo y fuera del trabajo, y afecta de forma especialmente negativa a la conciliación de la vida familiar y laboral.

La hora de salida del colegio

Los hijos de las edades que estamos considerando tienden a salir pronto del colegio. Así, según nuestra encuesta, un 60% de los chicos de entre 10 y 16 años, y un 70% de los mayores de esa edad, llegan a casa antes de las 3:30 de la tarde, y sólo un 28% y 11%, respectivamente llegan entre las 3:30 y las 5:30 de la tarde.

Cabría esperar, por tanto, que fuera frecuente que cuando los hijos llegan a su casa, los padres todavía no hayan vuelto del trabajo. Esta circunstancia, sin embargo, es mucho menos frecuente de lo que en principio cabría esperar. Si comparamos los tiempos que nuestros entrevistados han indicado, sólo en una

TABLA 2.3

Horario de llegada a casa de padres e hijos

En porcentajes según distintos tipos de familias

	NINGÚN CÓNYUGE OCUPADO	SÓLO UN CÓNYUGE OCUPADO	AMBOS CÓNYUGES OCUPADOS	MONO- PARENTAL	TOTAL
Uno o ambos padres están antes de que lleguen los hijos	–	87	44	45	63
Padres e hijos llegan más o menos al mismo tiempo	–	6	28	20	17
Los padres llegan más de 1 hora después que los hijos	–	7	28	35	19
Total	100	100	100	100	100

«—» significa un número insuficiente de casos

Fuente: G. Meil, Encuesta relaciones padres-hijos, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 2005.

de cada cinco familias, los padres llegan más de una hora después de que hayan llegado sus hijos. Como puede verse en la tabla 2.3, esta circunstancia es relativamente más frecuente en las familias en las que ambos cónyuges trabajan y en las familias monoparentales, pero incluso en estos casos, es una circunstancia relativamente minoritaria (algo más de una de cada cuatro familias), estando tan extendida en las ciudades grandes como en los municipios de menor tamaño.

Con frecuencia se ha asociado esta circunstancia con el fracaso escolar, pero como tendremos ocasión de comprobar en el próximo capítulo, no hay una relación estrecha entre el fracaso escolar y el menor rendimiento escolar con la hora de llegada a casa de los padres, ni, más en general, con el estatus laboral de los padres. No obstante, el desajuste en los horarios de llegada a casa de los padres no parece una situación especialmente deseable, ni deseada por los padres, por lo que sería necesaria una racionalización de los horarios de trabajo y una mayor armonización entre los tiempos de trabajo y de la vida privada.

La hora de acostarse

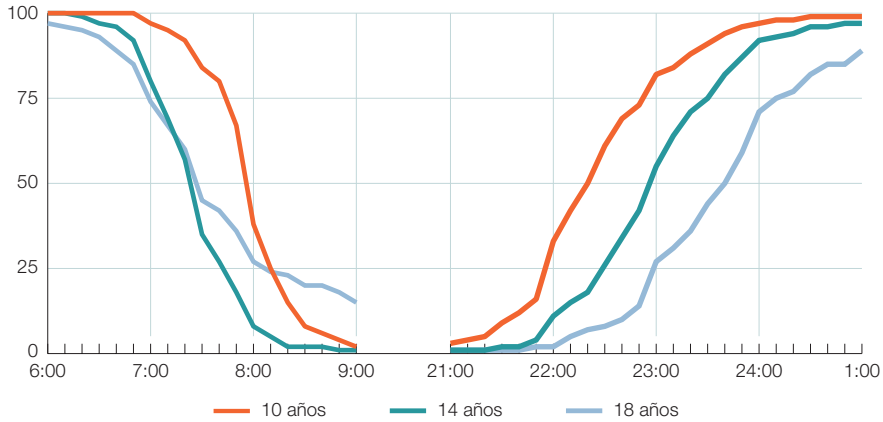
La hora de acostarse, entre semana, es bastante tardía, sobre todo la de los hijos. Aunque los niños de 10 años mayoritariamente van pronto a la cama (dos de cada tres lo hacen entre las 21:30 y las 22:30 h), a medida que se acercan a la adolescencia se acuestan cada vez más tarde, como puede observarse en el gráfico 2.5. La mitad de los niños de 14 años se acuestan después de las 11 de la noche, y los más mayores, todavía más tarde. La hora de acostarse es frecuente objeto de conflicto en las familias, pues los hijos lo utilizan como parte de su estrategia para ganar autonomía e independencia frente a los padres, en parte seducidos pero también amparados en la oferta televisiva disponible. Siempre se puede argumentar lo atractivo que es un programa, cualquiera que sea su contenido, con tal de hacer valer su voluntad. No obstante, éste no es uno de los frentes más conflictivos en las relaciones intergeneracionales, sino, sobre todo, el proceso de ganancia de autonomía para salir por las noches con los amigos y las horas de llegada a casa, al que dedicaremos más adelante nuestra atención.

La hora de acostarse no varía sustancialmente de una familia a otra. Así, no hay diferencias especialmente significativas según el tamaño del municipio o

GRÁFICO 2.5

Porcentaje de niños de distintas edades que están durmiendo a distintas horas de un día laboral promedio, que no es víspera de fiesta

En porcentajes según su edad



Fuente: INE (2004), Encuesta de Empleo del Tiempo 2002-2003, elaboración propia a partir de los microdatos.

el sexo del hijo, y aunque los hijos de familias monoparentales retrasan algo más el acostarse que los de familias biparentales, las diferencias no son tan marcadas como para poder hablar de una mayor capacidad de negociación de la libertad de ordenación de los tiempos por parte de los hijos de este tipo de familias. Los fines de semana, y especialmente los sábados, la hora de acostarse se desplaza aún más tarde. A las 12 de la noche del sábado, casi la mitad de los niños de 12 a 14 años no duermen aún, proporción que se eleva a dos de cada tres entre los que tienen 15 y 16 años, y a cuatro de cada cinco de los que tienen 16 y 18 años. En verano, los horarios también son más nocturnos que en invierno.

2.2. La participación de los hijos en las tareas domésticas

En el primer capítulo ya hemos visto cómo está aumentando la participación de los padres varones en las tareas domésticas y en el cuidado de los hijos, y ello tiene un reflejo también en la colaboración de los hijos en la realización

de las tareas domésticas. A esta dimensión es a la que vamos a dedicar nuestra atención a continuación.

Pautas de realización de las tareas «propias» y de las tareas «comunes»

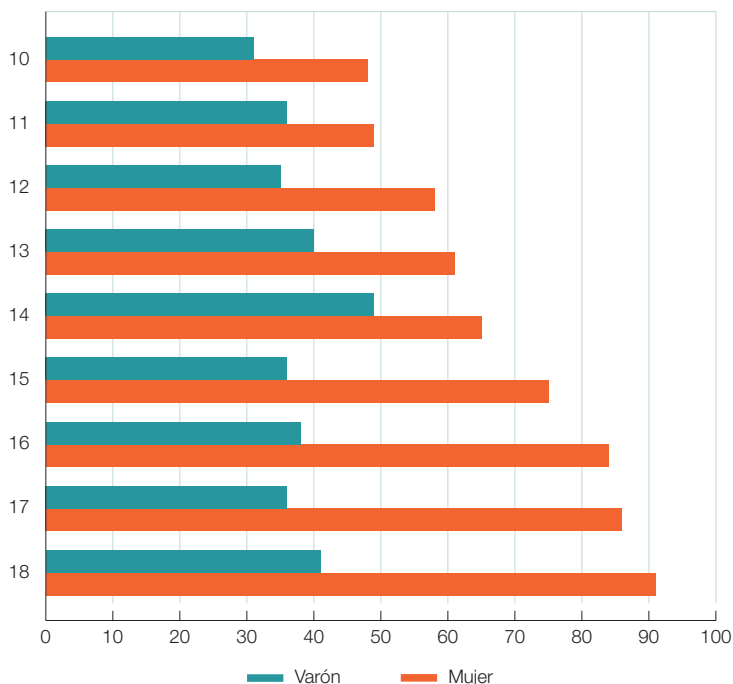
Distintas fuentes nos confirman que ha aumentado el grado de participación de los hijos varones en las tareas domésticas, pero todavía no se ha llegado a una plena igualdad de trato y exigencia de colaboración a los hijos y a las hijas. Más aún, a pesar de los profundos cambios registrados en el pasado reciente en las relaciones entre los géneros, muchas familias en la actualidad siguen educando en este ámbito de la vida de forma diferencial a los hijos varones que a las hijas, al exigirles distinto grado de colaboración a unos y a otras en la realización del trabajo doméstico.

Así, según la Encuesta de Empleo del Tiempo del INE, si bien es cierto que algo más del 50% de los hijos varones de las edades que estamos considerando dedican algún tiempo a las tareas del hogar, la proporción de hijas que ayudan es muy superior (76% de las que tienen entre 10 y 18 años). El tiempo medio que invierten en la realización de tareas relacionadas, como la limpieza, la manutención y la compra, es alta, pues dicha encuesta la cifra, entre quienes dedican algún tiempo, en 67 minutos de media diarios, en el caso de los hijos varones y en 93 minutos en el caso de las hijas, siendo el tiempo invertido y la diferencia de género mayor cuanto mayor es la edad. Si se incluyen también a los que no dedican nada de tiempo a fin de lograr una visión conjunta, como hemos hecho en el gráfico 2.6, lógicamente, la media de tiempo invertido es menor, pero ilustra muy claramente el alcance de ambos fenómenos. Estos datos desmienten la creencia generalizada, manifestada en los grupos de discusión, de que «las hijas de hoy en día ya no se diferencian de los chicos» y «tampoco no ayudan nada en casa». Por otra parte, con la entrada en la adolescencia, los chicos más que las chicas, tienden a cuestionar su participación en las tareas del hogar y tienden así a cuestionar el hacer su cama, recoger su habitación o el poner o quitar la mesa, actividades en las que se suele centrar su colaboración. Estas pautas no sólo se pueden observar en España, sino que Palomba y Sabbadini ya las habían encontrado también en Italia en 1995 (Palomba y Sabbadini, 1995). Estas autoras observaron que tanto las diferencias en la proporción de niños y niñas que ayudan, como el tiempo que

GRÁFICO 2.6

Minutos dedicados en un día estándar a tareas del hogar y al cuidado de personas por los hijos

En minutos según su edad y sexo



Nota: Medía de tiempo de quienes realizan este tipo de tareas y de quienes no las realizan.

Fuente: INE (2004), Encuesta de Empleo del Tiempo 2002-2003, elaboración propia a partir de los microdatos.

dedican a prestar esta ayuda, van haciéndose cada vez mayores a medida que los niños tienen más edad; la entrada en la adolescencia suponía también una drástica reducción de la proporción de chicos que, ayudan, mientras que, en el caso de las chicas, sucedía precisamente lo contrario.

En la encuesta que hemos realizado también hemos abordado esta cuestión, si bien con una metodología diferente. En lugar de basarnos en los diarios de tiempo, como hace el INE, donde para un día determinado se anota qué es lo que se hace cada 10 minutos, hemos preguntado a los padres sobre la frecuencia con la que su hijo/a de referencia hace una serie de tareas domésticas.

Las respuestas están recogidas en la tabla 2.4 y confirman los datos del INE, aunque también relativizan el alcance de las diferencias de género y la intensidad de la ayuda. Desde el punto de vista de los padres (y no hay diferencias significativas según sea el padre o la madre quien responda), también las hijas colaboran más en las tareas del hogar que los hijos, es decir, reciben una socialización diferente en este aspecto, pero las diferencias no son tan marcadas como en el caso de la encuesta del INE. Mientras las diferencias de género son menores en las que podemos denominar tareas propias, tales como hacer la cama, recoger la habitación o la ropa de uno mismo, y no tienden a crecer con la edad, no sucede lo mismo con tareas que podemos denominar comunes, tales como ayudar en la limpieza de la casa, en poner o quitar la mesa o hacer compras menores. En este tipo de tareas, la implicación de las hijas tiende a aumentar con la edad, mientras que no sucede lo mismo con la de los hijos varones. Según esta encuesta, sin embargo, no habría una rebeldía mayor durante la adolescencia de los chicos para realizar las tareas domés-

TABLA 2.4

Frecuencia con la que los hijos de 10 a 18 años de edad participan en las tareas domésticas según la opinión de los padres entrevistados

En porcentajes según el sexo del hijo de referencia. Las filas por sexo suman 100

	VARÓN					MUJER				
	NUNCA	A VECES	VARIAS VECES MES	3-4 VECES SEMANA	TODOS LOS DÍAS	NUNCA	A VECES	VARIAS VECES MES	3-4 VECES SEMANA	TODOS LOS DÍAS
Hacer su cama	26	22	10	10	32	12	25	9	13	41
Recoger su habitación y/o su ropa	18	31	10	11	30	6	34	7	17	36
Poner la mesa	23	29	8	14	26	16	30	10	11	34
Recoger la mesa	24	29	7	13	26	13	33	10	11	32
Fregar platos y/o poner el lavavajillas	62	19	6	6	6	43	31	7	9	10
Ayudar a limpiar la casa	55	29	8	4	4	30	45	14	6	5
Hacer compras	40	36	13	7	4	37	40	13	5	5

Fuente: G. Meil, Encuesta relaciones padres-hijos, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 2005.

ticas, ni en las tareas propias ni en las comunes, aunque es cierto, como se verá más adelante, que la conflictividad entre las generaciones por este motivo aumenta sustancialmente con la entrada en la adolescencia.

El tipo de tareas en las que más participan los hijos son las que están etiquetadas en las relaciones familiares como «tuyas», esto es, las que hemos denominado «tareas propias» y que están referidas al espacio individual (recoger la habitación y hacer la cama) y a las propias pertenencias (recoger la ropa, los libros, etc.). Esto es especialmente así entre los más jóvenes, y es la vía por excelencia por la que los padres tratan de fomentar la asunción de responsabilidades por parte de los hijos, tal como señalan en los grupos de discusión. Los padres tienden a fomentar que «el orden» en la propia habitación sea asumido por los hijos bien como un objetivo educativo en sí mismo, bien como un paso previo para hacerles asumir posteriormente mayores responsabilidades en el trabajo doméstico, y para ello tienden a referirlo al propio hijo al definirlo como «tuyo». Al respecto hay que destacar, no obstante, que los padres tienden a eliminar algunas actividades de este espacio privado, como son típicamente las relacionadas con la «limpieza», que pasan a ser consideradas y entendidas como «no tuyas» y que quedan en el ámbito de responsabilidad de los padres.

Los pasos hacia una ampliación de la esfera de responsabilidades se dan típicamente con tareas menores que no están etiquetadas como «tuyas» o «propias» de los hijos, y que son entendidas por éstos como «vuestras», de los padres, y que hemos denominado «comunes». El ámbito más típico en el que esto sucede es en el de poner y quitar la mesa, aunque también suele extenderse a tirar la basura o a pequeñas compras en un establecimiento próximo a la vivienda (típicamente el pan y/o compras «de emergencia») cuando las condiciones espaciales lo permiten. También entran en este ámbito la preparación de alimentos (calentar la comida o preparar comidas rápidas) cuando los horarios familiares comienzan a desestructurarse, por ejemplo, por las prácticas de ocio nocturno e independiente de los hijos o por la no coincidencia en las horas de comida. En este caso, no obstante, suele haber una tendencia a adscribirse también al ámbito de lo privado, de lo «tuyo» («tu comida», «tu cena»), en una estrategia de los padres para reforzar la responsabilidad individual de los hijos en este ámbito. Este tipo de asunción de responsabilidades «comunes» tiende a generar más rechazo que las tareas

«propias», pero generan menos conflicto y estrategias de evasión que las tareas de mayor envergadura, como la limpieza de la casa. Este último trabajo es el que está menos extendido de todos y es también el que más rechazo despierta entre los hijos, bajo la fórmula «si ya está limpio...».

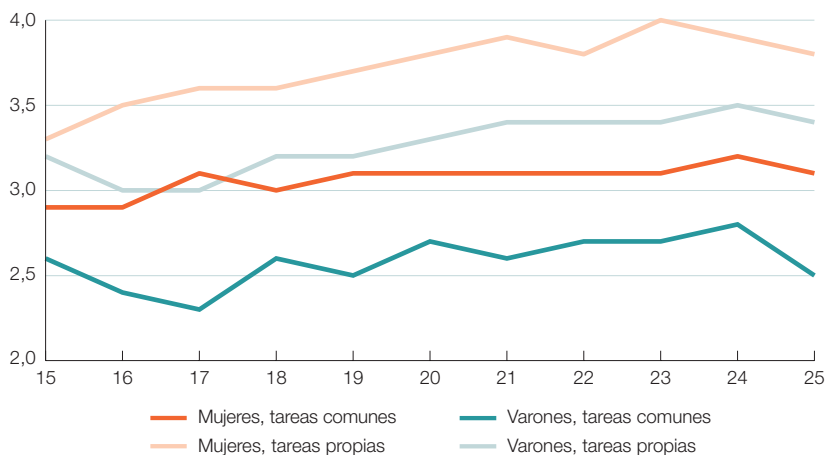
Como puede observarse en la tabla 2.4, la ayuda de la inmensa mayoría de hijos varones no pasa de poner y/o quitar la mesa, y en alguna ocasión aislada, hacer alguna compra de emergencia. Las hijas no es que hagan mucho más, pero sí hay una mayor proporción que, de cuando en cuando, tienden a implicarse también en tareas más duras, como lavar los platos o ayudar a la limpieza de la casa. Pero esta visión general esconde, como siempre, situaciones muy heterogéneas. Así, si agrupamos las familias según el grado de implicación de los hijos en las tareas domésticas, podemos observar que cuando el hijo/a tiene entre 10 y 12 años, en alrededor de la mitad de las familias éste no hace nada, o sólo excepcionalmente, colabora en algo, y sólo en un 6% de las familias (10% si se es más flexible con los criterios de clasificación) colabora regularmente no sólo en las tareas propias, sino también en las comunes. Cuando el hijo/a tiene entre 17 y 18 años, la proporción de familias en las que éste/a no colabora prácticamente nada ha descendido hasta poco más de un tercio (alrededor del 35%), al tiempo que la de aquellas en las que hay una colaboración activa y continua ha aumentado hasta alrededor de un 20% (entre un 14% y 23%, según los criterios que se sigan).

Si en lugar de basarnos en la información que proporcionan los padres, nos basamos en la información que proporcionan los propios hijos, las chicas afirman colaborar con más frecuencia e intensidad que los chicos. Así lo hemos podido observar en una encuesta que hemos realizado en la Comunidad de Madrid y a la que nos hemos referido más arriba, que puede considerarse a los efectos, representativa del conjunto nacional, pues ni en la Encuesta del INE, ni en nuestra encuesta a los padres podemos detectar diferencias significativas según sea el tamaño del municipio de residencia o la Comunidad Autónoma de pertenencia. Los hijos varones declaran colaborar con menor frecuencia que las chicas, tanto en las tareas propias como en las comunes, sobre todo en la fase de la adolescencia. Las diferencias de género tienden, no obstante, a estabilizarse a partir de los 18 años, pues, con la madurez, los adolescentes varones parecen más propicios a colaborar en el trabajo doméstico, y aumenta la frecuencia con la que realizan tanto tareas propias como comu-

GRÁFICO 2.7

Índice de participación en las tareas domésticas de una muestra de jóvenes residentes en la Comunidad de Madrid que conviven con sus padres

Valores según la edad y el sexo



Nota: Un valor del índice de 1 significa que no realiza ninguna tarea nunca y un valor de 5 que realiza todas las tareas todos los días.

Fuente: G. Meil, Encuesta pareja y familia en el horizonte vital de las nuevas generaciones, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 2005.

nes, tal como puede observarse en el gráfico 2.7. Si comparamos la información que proporcionan los padres con la que dan los hijos, podemos observar también que éstos, en contra de lo que cabría suponer, no tienden a sobrevalorar su colaboración. Sólo las hijas afirman realizar con más frecuencias tareas comunes de lo que dicen los padres; en los demás casos las diferencias no son muy grandes. A medida que los hijos se hacen mayores, y superados los tormentosos años de la adolescencia, la implicación de los hijos parece que aumenta, sobre todo, en las que hemos denominado como propias.

Cambio familiar y participación de los hijos en las tareas domésticas

Los datos que hemos analizado hasta ahora proporcionan una visión general de todas las familias, pero como siempre ocurre, hay algunas diferencias de unos grupos sociales a otros. Así, el grado de colaboración de los hijos, independientemente de su sexo, es mayor en las familias monoparentales que en

las biparentales, y entre éstas, los hijos participan más si ambos padres trabajan que si sólo lo hace uno de los padres, y ello tanto en lo que se refiere a las tareas que hemos denominado propias, como a las comunes. Cuando la madre es ama de casa, los hijos apenas si hacen nada, sólo de vez en cuando, tienen que hacerse la cama o poner la mesa, y ello independientemente del número de hijos y de su composición por sexo, aunque, si hay hijas, éstas tienden a hacerlo con algo más de frecuencia. No obstante, y en contra de lo que cabría suponer, el trabajo remunerado de la madre no es el factor que más influye en la colaboración de los hijos. Sólo si trabaja a tiempo completo, se aprecia un mayor grado de implicación de los hijos. Más importante para la participación de los hijos son los términos del propio reparto del trabajo doméstico entre los padres: cuanto más participa el padre en las tareas, mayor es la probabilidad de que los hijos participen más, cualquiera que sea su edad y su género. El argumento «papá tampoco hace nada» ya no se puede invocar, y el propio padre se preocupa también de que los hijos hagan algo en casa. O, expresado en las palabras de una mujer en uno de los grupos de discusión: «si las niñas ven que su padre se escaquea, también ellas quieren escaquearse», en referencia a la organización de la limpieza de la casa los fines de semana. Los hijos únicos, cuando son varones, no obstante, se libran en su mayoría de realizar tareas domésticas, incluso de las propias. Por otra parte, cuando hay un mayor número de hijos, también suele haber algo más de colaboración, sobre todo, por parte de los hermanos de más edad.

Conviene subrayar, por tanto, que las familias portadoras del cambio social en el ámbito de las relaciones familiares no son sobre todo aquellas en las que la madre trabaja, sino aquellas donde, además, el padre se implica en la educación y crianza de sus hijos, así como en el trabajo doméstico. Esta conclusión es importante, porque la socialización de los hijos en unos modelos de rol más igualitarios está asociada con un reparto más igualitario de las tareas domésticas en el futuro, cuando materialicen su propio proyecto de vida en común. Y el grado en el que el reparto del trabajo doméstico sea igualitario influirá en la satisfacción con el proyecto de vida en común de la mujer y en el riesgo de ruptura. En otro trabajo hemos podido demostrar que existe una relación positiva y estadísticamente significativa entre el reparto desigual del trabajo doméstico entre los cónyuges, el grado de satisfacción con dicho reparto y el grado de satisfacción con el proyecto de vida en común por parte de las

TABLA 2.5

Grado de participación de los hijos en las tareas domésticas según el tipo de familia

Valores según la edad y el sexo

	NINGUNO OCUPADO	SÓLO UN CÓNYUGE OCUPADO	AMBOS CÓNYUGES OCUPADOS	MONO- PARENTAL	TOTAL
Hijo varón					
Hacen con más frecuencia que a veces las tareas propias	13	53	67	71	61
Hacen con más frecuencia que a veces las tareas comunes	38	41	52	65	49
Hija mujer					
Hacen con más frecuencia que a veces las tareas propias	71	68	73	78	72
Hacen con más frecuencia que a veces las tareas comunes	57	51	60	63	56

Nota: Las tareas propias incluyen hacer su cama y recoger su habitación y/o sus cosas. Las tareas comunes incluyen poner y/o recoger la mesa, fregar platos y/o poner el lavavajillas, ayudar a limpiar la casa y hacer compras. La diferencia hasta 100 de cada valor es el porcentaje de padres que dicen que su hijo/a no hace estas tareas nunca o sólo a veces.

Fuente: G. Meil, Encuesta relaciones padres-hijos, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 2005.

mujeres, así como entre éstos y el riesgo de divorcio (Meil, 2005). Una educación en unos modelos de rol más igualitarios supone, así, una educación para lograr una vida más satisfactoria en el futuro, dadas las características del cambio social que estamos viviendo.

2.3. Prácticas de ocio de los hijos

Del juego en la calle al juego en casa

Ya hemos visto en el capítulo anterior que con el desarrollo de la sociedad de consumo, los bienes de consumo más variados y más sofisticados han inundado los hogares de las familias españolas y, en particular, la habitación de los niños, desde los electrodomésticos más variados, como los televisores, la PlayStation o los ordenadores, hasta los juguetes más sofisticados. Esta misma sociedad de consumo ha inundado también las calles de bienes de consumo y, sobre todo, de coches, haciendo de las calles, en otro tiempo lugar de reunión y juego de los niños, lugares hostiles y peligrosos para esta sociabili-

dad infantil. Aunque las autoridades municipales han tratado de crear lugares alternativos para el juego seguro, tales como parques, campos de fútbol o patinódromos, esta compartimentalización y domesticación del espacio urbano sólo sirve para los niños más pequeños, que, acompañados de padres o cuidadores, acuden sobre todo en busca de otros niños con los que poder jugar; o para pequeñas minorías de niños y adolescentes. Por otra parte, la calle, al menos en las ciudades de cierto tamaño, ha pasado a ser vista por los padres no como un lugar de juego, sino, sobre todo, como un peligro para sus objetivos educativos, como el espacio en los que pierden el control de los hijos, tanto más cuanto empiezan a dejar de ser niños y comienzan a plantear mayores demandas de autonomía.

En consecuencia, la mayoría de los niños han desplazado sus lugares de ocio y recreo, sobre todo entre semana y durante el curso escolar, al hogar familiar, donde además, con la caída de la natalidad y la mejora de las condiciones de vida, disponen normalmente de un dormitorio propio espléndidamente equipado, que ha pasado a convertirse en su feudo. Esta tendencia se ha visto facilitada por un equipamiento cada vez más sofisticado de los hogares y una tecnologización cada vez mayor.

La consecuencia de todo ello es que los niños pasan su tiempo de ocio, sobre todo entre semana y a lo largo del curso, fundamentalmente en casa en compañía del resto de los familiares con los que convive: un 73% de los padres así lo señalan; sólo un 11% afirma que lo hacen fundamentalmente fuera de casa, y esto es así sobre todo entre los más mayores. Aunque la proporción de niños y adolescentes que pasan su tiempo de ocio fundamentalmente en casa es mayor en las grandes urbes que en las pequeñas, este cambio en las pautas de ocio es universal. De hecho, el calificativo de «niño callejero» se utiliza precisamente para reprobar lo que se considera un excesivo ocio en la calle. Los fines de semana, no obstante, el ocio de los hijos se hace menos doméstico y tiene lugar tanto fuera como dentro de casa; sólo un tercio de los padres señalaron que sus hijos pasaban su tiempo libre los fines de semana sobre todo en casa. Las estaciones del año y la climatología condicionan también decisivamente los lugares y las formas de ocio: el buen tiempo y los días largos propician la sociabilidad fuera del hogar. Aunque los padres señalen que sus hijos pasan su tiempo libre entre semana fundamentalmente en casa, lo cierto es que, comparativamente con los países del norte y centro de Europa,

todavía se ve jugar o reunirse en la calle a muchos niños, adolescentes y jóvenes. Para bien, pues ello propicia las habilidades relacionales, pero también para mal, como es el caso del botellón.

Según la Encuesta de Empleo del Tiempo del INE, los hijos, entre semana, dedican su tiempo extraescolar fundamentalmente al estudio y a la realización de los deberes, a estar con los amigos o en casa con la familia, al ejercicio físico, a los juegos y a ver la televisión. La importancia relativa de estas actividades depende de la hora de la tarde, de la estación del año, del día de la semana y de la edad, aunque también hay diferencias según el sexo y otros condicionantes socioeconómicos. Si descontamos los tiempos dedicados al cuidado personal (dormir, aseo y alimentarse), al estudio (en el colegio y/o en casa), eventualmente, a la ayuda en las tareas domésticas y el tiempo invertido en desplazamientos de todo tipo, el tiempo libre que tienen los niños entre semana y durante el curso escolar no parece excesivo, pues se cifra en 4 horas entre los que tienen 10 y 14 años, y en 4 h 20 min, entre los que tienen de 15 a 18 años. Hay, no obstante, grandes diferencias de unos casos a otros, derivadas sobre todo del tiempo dedicado a los estudios, aunque también (en mucha menor medida) del tiempo de sueño o de transporte. Los fines de semana, el tiempo libre se multiplica, aunque muchos tienen que dedicar algún tiempo del domingo al estudio o al sueño, sobre todo, los más mayores.

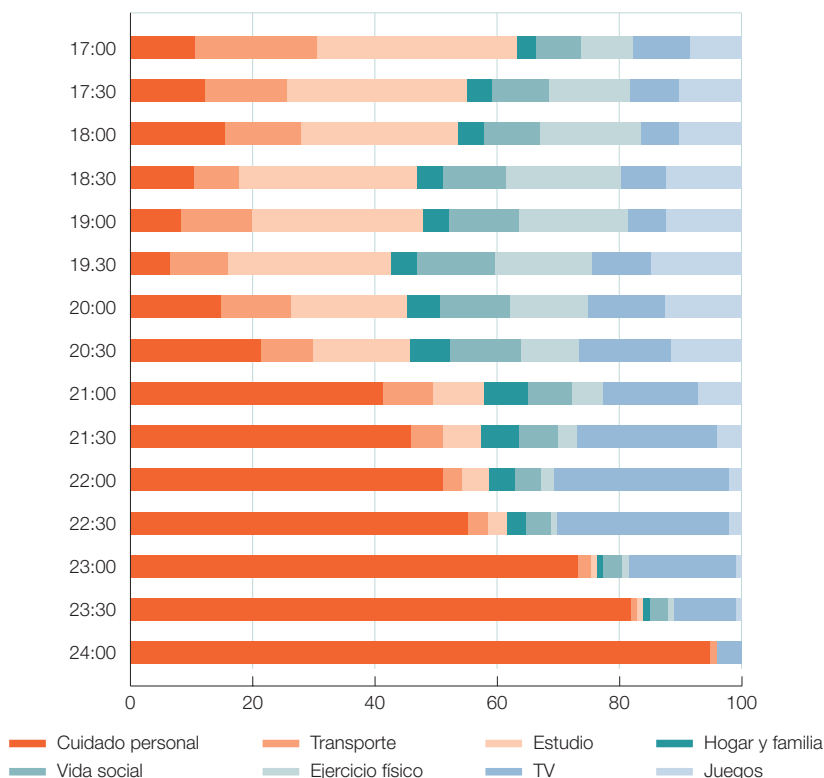
Entre semana y durante el curso académico, las actividades extraescolares que casi siempre se realizan a diario son, el estudio, hacer los deberes y ver la televisión. Todas las demás actividades se realizan con una frecuencia menor, habiendo días en que se realizan y otros en que no, a veces durante más tiempo, otras durante menos, o incluso no se realizan en absoluto. Una distribución estándar de las actividades que realizan los chicos y chicas por la tarde-noche en función de la edad, es la que encontramos representada en los gráficos 2.8 y 2.9 adjuntos. A efectos de interpretación, hay que tener en cuenta que estos gráficos no representan lo que realiza un niño tipo a lo largo de la tarde-noche, pues las posibilidades son muchas y muy variadas, sino el conjunto de niños de la muestra.

Así, la práctica del deporte y de actividades al aire libre (caminar, jugar al balón, correr, andar en bicicleta, etc.), se hace con más frecuencia por parte de los chicos que de las chicas, más en vacaciones que durante el curso y con más frecuencia los fines de semana que entre semana. Mientras que los chi-

GRÁFICO 2.8

Actividades realizadas a distintas horas de la tarde por chicos y chicas de 10 a 14 años en un día entre semana estándar

Porcentaje de chicos que están realizando una determinada tarea a una hora concreta



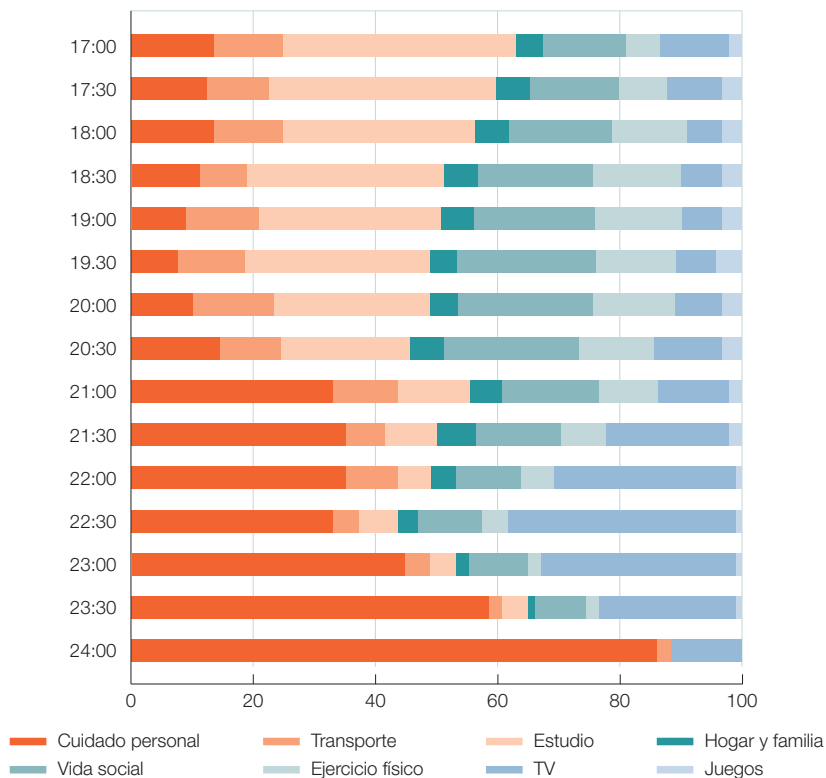
Fuente: INE, Encuesta de Empleo del Tiempo 2002-2003, elaboración propia de los microdatos.

cos más pequeños hacen con más frecuencia este tipo de actividades, los jóvenes y adolescentes tienden a hacerlas menos, pues su tiempo de ocio lo dedican más a «estar» con los amigos, que a jugar con ellos al balón o andar en bicicleta. Los fines de semana, los horarios se desplazan hasta más tarde, y las distintas actividades de ocio se intensifican, cobrando más importancia la utilización del tiempo libre fuera de casa y la relación con los amigos, ya sea simplemente para «jugar», si son más pequeños o, si son más mayores, para «salir» o para realizar determinado tipo de actividades.

GRÁFICO 2.9

Actividades realizadas a distintas horas de la tarde por chicos y chicas de 15 a 18 años en un día entre semana estándar

Porcentaje de chicos que están realizando una determinada tarea a una hora concreta



Fuente: INE, Encuesta de Empleo del Tiempo 2002-2003, elaboración propia de los microdatos.

El ocio televisivo

Dada la importancia que tiene la televisión en el ocio de niños, adolescentes, jóvenes y padres, centraremos parte de nuestra atención en las prácticas familiares de este tipo de uso del tiempo libre, para abordar, a continuación, las normas sobre el salir por la noche.

Cuando se pregunta a los chicos o a los padres sobre el tipo de actividades a las que dedican más tiempo en su ocio, tal como lo hizo el CIS en el año 2000, sólo

una minoría (13% y 12%) señalan que lo dedican a ver la televisión. Sin embargo, cuando el INE ha estudiado los comportamientos a partir de la encuesta de tiempo que venimos manejando, la media de tiempo que dedican a ver la televisión los hijos de las edades consideradas es en media anual de dos horas diarias (1 h 54 min), lo que, en realidad, representa una parte muy importante del tiempo libre, sobre todo, entre semana y durante el curso académico. No obstante, como es sabido, la media esconde situaciones muy diversas. Entre las circunstancias que condicionan el tiempo de ocio televisivo hay que citar las siguientes (véase la tabla 2.6):

- El día de la semana o la época del año. Durante las vacaciones o los fines de semana, los chicos ven alrededor de un 30% más de tiempo televisión que durante el curso o entre semana (2 h 4 min frente a 1 h 34 min). No obstante, durante el curso y entre semana, la televisión consume, como media, casi la mitad del tiempo de ocio del que disponen los chicos (1 h 34 min de un total de 4 horas), constituyendo, por tanto, una de sus principales actividades de ocio. Pero no sólo de éstos. En realidad, los hijos ven algo menos de televisión, como media, que sus padres, y bastante menos que sus abuelos. Por tanto, en contra de lo que suele creerse, los preadolescentes y los adolescentes no son los que más televisión consumen.
- El tiempo de consumo televisivo, sin embargo, varía mucho de unos casos a otros. Así, casi la mitad de los chicos (45%) ven televisión como máximo 1 hora en un día entre semana del curso, mientras que un nada despreciable 13% la ve durante más de 3 horas diarias. Los fines de semana y en vacaciones las diferencias disminuyen, pero no por ello son menos significativas, pues, incluso en este tiempo de ocio, hay un tercio que la ve menos de 1 hora (31%), aumentando la proporción de quienes la ven más de 3 horas hasta el 23%.
- El tiempo dedicado al estudio. Televisión y estudio no son sustitutivos uno del otro, pues los niños también necesitan tiempo libre para desarrollarse. No obstante, entre semana y durante el curso, quienes más tiempo dedican al estudio, menos televisión ven y viceversa. Esta relación de sustitución también existe, sin embargo, con el resto de actividades de ocio, lo que puede indicar tanto que el tiempo de ocio es el tiempo que queda

TABLA 2.6

Tiempo dedicado a ver la televisión en distintos momentos del año por grupos de edad

En minutos

EDAD	DURANTE EL CURSO		EN EL VERANO		MEDIA ANUAL
	ENTRE SEMANA	FIN DE SEMANA	ENTRE SEMANA	FIN DE SEMANA	TOTAL
10-18 años	94	124	130	133	114
19-39 años	87	104	89	97	95
40-59 años	104	122	95	116	111
60 y más años	170	173	152	159	168

Fuente: Elaboración propia sobre microdatos del INE (2004), Encuesta de Empleo del Tiempo 2002-2003.

disponible tras el estudio, como que éste se ve condicionado por las prácticas de ocio. En qué medida se trata de una cosa u otra es difícil de saber, pues cuando se pregunta a los padres (e incluso a los propios chicos) la respuesta que se obtiene suele ser la socialmente esperada, esto es, que sólo ven televisión cuando han terminado con sus deberes, lo que en unos casos será cierto, mientras que en otros no.

- La clase social. La televisión la ven adultos y niños de todas las clases sociales, pero tanto los padres como los hijos de clase trabajadora o baja tienden a ver más televisión que los de clase media o media alta. Entre semana y durante el curso, la diferencia alcanza como media alrededor de los 20 minutos, o incluso más. Los fines de semana, las diferencias no son menores. La razón probablemente se debe a que unos y otros tienen distintas alternativas y prácticas de ocio: La televisión es mucho más barata que otras formas de ocio organizado.

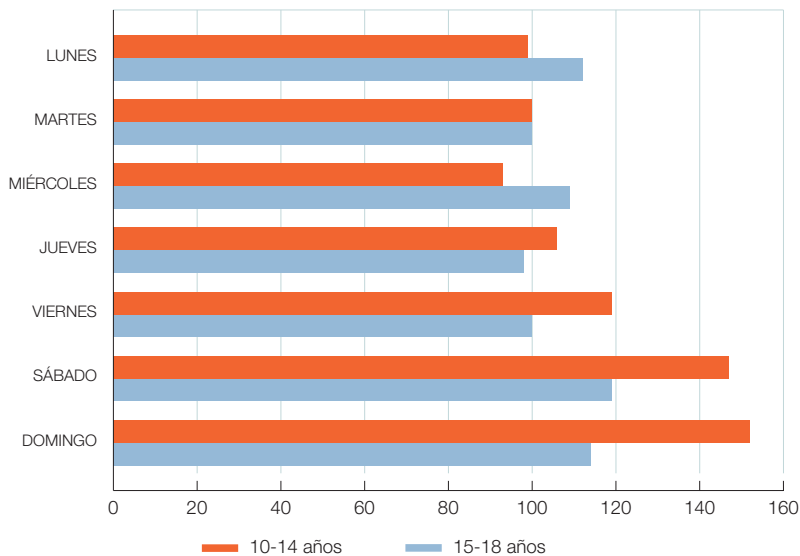
- La edad. Preadolescentes y adolescentes dedican bastante tiempo a ver la televisión, aunque menos que sus padres y que sus abuelos. A medida que los hijos se hacen mayores las formas de uso de la televisión se modifican profundamente. Entre semana, los adolescentes y los jóvenes tienden a ver la televisión hasta más tarde durante la noche, como puede observarse en los gráficos 2.8 y 2.9, lo que se traduce en una exposición televisiva más larga que la de los preadolescentes, que tienen que irse antes a la cama. Los fines de semana, por el contrario, mientras los más mayores «salen»

y, por tanto, no tienen tiempo para ver la televisión, los que no han ganado ese espacio de independencia tienden a intensificar el recurso a la televisión como elemento de ocio (véase gráfico 2.10).

En general, el tiempo que los hijos ven la televisión no viene determinado por los padres, sino que, a juzgar por la encuesta realizada por el CIS a los propios chicos en el año 2000, son éstos quienes deciden, en la gran mayoría de los casos (70%), el tiempo que quieren dedicarle a esta actividad, aunque preguntados los padres, la mitad de éstos sostiene que sí pone límites al tiempo que están delante del televisor, al menos en los días laborales. En realidad, no hay una conciencia muy generalizada de un excesivo consumo temporal de televisión, ni, por parte de los chicos, ni, lo que es más relevante, por parte de los padres. Sólo un 14% de los padres (17% de los chicos) considera que ven mucha televisión; la mayoría, por el contrario, piensa que la ven más bien

GRÁFICO 2.10

Minutos dedicados a ver la televisión según día de la semana. Media anual



Fuente: INE (2004), Encuesta de Empleo del Tiempo 2002-2003, elaboración propia a partir de los microdatos.

poco o muy poco (50% de los padres y 43% de los niños; el resto son los que consideran que la ven bastante). Una valoración que, no obstante, parece bastante ajustada a la realidad a juzgar por los tiempos de exposición que se deducen de la Encuesta de Empleo del Tiempo. Dos horas es más o menos lo que, con anuncios, dura una película.

Cuestión diferente es el tipo de programación que se ve. Aunque la gran mayoría (74%) de los padres de hijos entre 7 y 16 años creen que tienen obligación de controlar la programación que ven sus hijos, al menos hasta que entran en la adolescencia o hasta que son adultos, su puesta en práctica resulta difícil. Menos de la mitad de los padres reconocen que orientan con frecuencia a sus hijos sobre los programas que pueden o no pueden ver, una opinión que no está muy alejada de lo que expresan los propios hijos. Los hijos quieren ver la programación de los adultos y, sobre todo, la que se considera poco edificante para los valores que deben presidir una sociedad liberal y democrática, como son los programas de contenido violento, sexual, «rosa» o catastrofistas, entre otros, y que son también los más demandados por los propios adultos. Condicionar su visión cuando los propios padres, los compañeros y/o los amigos también los ven, o tras «pelear» para que estudien o hagan los deberes, no es tarea fácil. No obstante, dos de cada tres chicos de 10 a 13 años, si bien sólo uno de cada tres de 14 a 16 entrevistados por el CIS afirman que sus padres les prohíben ver algunos programas que consideran que no son adecuados para su edad. Los datos sobre audiencia evidencian, no obstante, que los criterios de prohibición aplicados por los padres no son muy exigentes.

La exposición a los programas de televisión, durante el curso y entre semana, tiene lugar a lo largo de toda la tarde, pero, como puede observarse en los gráficos 2.8 y 2.9, la mayor concentración tiende a darse a horas muy tardías, ya entrada la noche. Incluso muchos de los más jóvenes, los preadolescentes, tienden a ver hasta muy tarde la televisión.

El «salir» o la «desfamiliarización» del ocio de los hijos

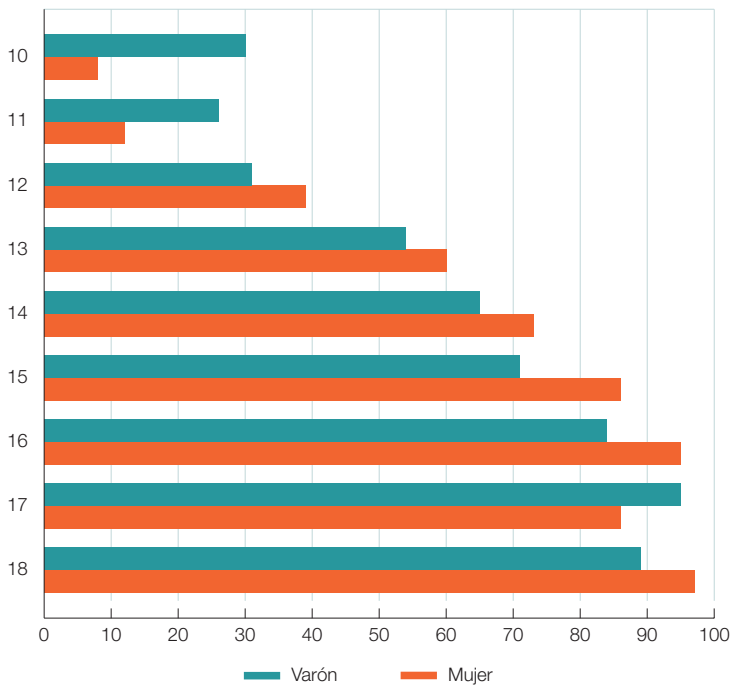
La emergencia de la familia negociadora, junto con la «domesticación» del ocio entre semana, ha comportado una «desfamiliarización» del ocio del fin de semana a edades cada vez más tempranas. Según las respuestas proporcio-

nadas por los padres que hemos entrevistado, a edades tan tempranas como los 10 años, hay casi un tercio de los niños varones que «salen por su cuenta» (no que juegan en la calle) los fines de semana con sus amigos. Este «salir por su cuenta» no es necesariamente por las noches, sino que comienza siendo por las tardes, para, a medida, que van haciéndose más mayores, entrar poco a poco en la noche y, a partir de la adolescencia, convertirse cada vez más en sinónimo de «salir por la noche». Las niñas comienzan a salir un poco más tarde, pero a los 12 años ya hay más niñas que niños que salen por su cuenta, y a los 13 años, ya son la mayoría de ambos sexos quienes lo hacen. Por la información que proporcionan los padres, confirmada por lo que dicen los

GRAFICO 2.11

Porcentaje de hijos que salen los fines de semana por su cuenta con sus amigos según los padres

Porcentaje según su edad y su sexo



Fuente: G. Meil, Encuesta relaciones padres-hijos, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 2005.

propios chicos en las encuestas de juventud del INJUVE, el antiguo control de las niñas frente a la libertad de los varones para salir con los amigos ha desaparecido totalmente, aunque las chicas tienen que seguir volviendo a casa antes, tienen que dar más explicaciones y se sienten mucho más controladas por los padres que los hijos varones.

Como norma general, los padres imponen una hora de regreso a casa, que se da con tanta más frecuencia cuanto más jóvenes son los hijos, así como también con algo más de frecuencia para las chicas que para los chicos, pero sin grandes diferencias. No obstante, como puede verse en la tabla 2.7, hay una proporción apreciable de hijos que salen a edades muy tempranas sin que los padres fijen normas al respecto. En el otro extremo, en la postadolescencia, son muchos los padres que continúan poniendo límites a la hora de regreso a casa.

Las salidas en fin de semana con los amigos de los más pequeños, cuando es el caso (26%), se da por las tardes. Su hora de regreso habitual es entre las 8 y las 10 de la noche, aunque lo más frecuente es que sea a las 9 de la noche. Entre los preadolescentes de 13 a 14 años, que ya son mayoría los que salen (64%), suelen regresar a casa, según los padres, más o menos a la misma hora.

TABLA 2.7

Establecimiento por los padres de hora de regreso de casa de los hijos que salen por su cuenta el fin de semana

Porcentaje de los hijos que «salen» según la edad y el sexo del hijo de referencia

	10-12	13-14	15-16	17-18	TOTAL
Hijos varones					
Sí	86	90	82	56	71
No	11	5	11	32	20
Unas veces sí, otras no	3	5	6	12	9
Total	100	100	100	100	100
Hijos mujeres					
Sí	96	90	91	64	80
No		8	5	23	14
Unas veces sí, otras no	4	1	5	13	7
Total	100	100	100	100	100

Fuente: G. Meil, Encuesta relaciones padres-hijos, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 2005.

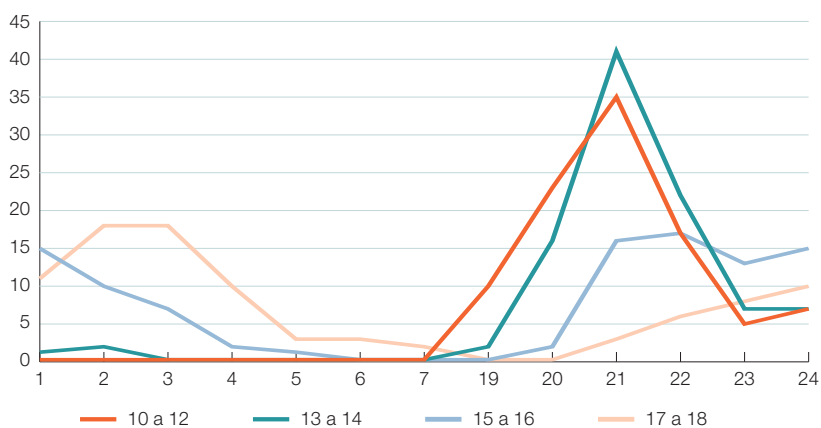
Los adolescentes, que ya casi todos salen (86%), suelen regresar, por el contrario, mucho más tarde, habiendo una proporción muy elevada que vuelve a casa pasadas las 12 de la noche (51%) e, incluso, entrada la madrugada (36%), como puede observarse en el gráfico 2.12. Entre los postadolescentes, los horarios de regreso a casa son cada vez más tardíos, en consonancia con una cultura juvenil que ha ido retrasando en el reloj cada vez más el significado de «salir de noche» y que ve en la noche el tiempo de los jóvenes y el tiempo de la diversión.

Las pautas de ocio independiente de los hijos ya «mayores» durante el fin de semana es un fenómeno casi universal y forma parte de los modelos culturales de tránsito hacia la vida adulta en todas las sociedades de consumo. Lo específico de la situación actual es que las edades a las que se inicia este proceso son muy tempranas y todo parece indicar que cada vez se adelanta más, al tiempo que la hora de regreso a casa se produce cada vez más tarde. Este proceso general presenta ciertas diferencias sociales que es preciso destacar.

GRÁFICO 2.12

Hora de regreso a casa según los padres de los hijos que salen los fines de semana por su cuenta con sus amigos

Porcentaje según su edad



Fuente: G. Meil, Encuesta relaciones padres-hijos, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 2005.

TABLA 2.8

Porcentaje de hijos que salen los fines de semana por su cuenta con sus amigos según los padres

Porcentaje según su edad y tipo de familia

	NINGUNO OCUPADO	SÓLO UN CÓNYUGE OCUPADO	AMBOS CÓNYUGES OCUPADOS	MONO- PARENTAL	TOTAL
Hijo/a de 10 a 12 años	–	30	20	40	26
Hijo/a de 13 a 14 años	–	66	63	63	64
Hijo/a de 15 a 16 años	–	83	90	68	86
Hijo/a de 17 a 18 años	–	92	91	96	92
Todas las edades	67	71	67	73	69

Nota: La diferencia de cada valor hasta 100 es el porcentaje de hijos que no salen. «–» significa un número insuficiente de casos.

Fuente: G. Meil, Encuesta relaciones padres-hijos, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 2005.

La edad de inicio de la desfamiliarización del ocio no está condicionada por las variables sociodemográficas clásicas (más allá de la edad), sino que es tanto más temprana cuanto mayor es la conflictividad entre las generaciones, de forma que la familia negociadora tiene, en este aspecto, una de sus limitaciones, pues cuanto más presionan los hijos para lograr mayor autonomía, cuanto más cuestionan el orden doméstico y cuanto más insistentes se muestran («sólo hay que dar la vara», señaló un chico en un grupo de discusión), antes consiguen la autonomía en este ámbito. La presión del grupo de referencia de los hijos es muy fuerte en este sentido, y tiene tanto más efectividad cuanto más desbordados se sientan los padres por la educación de los hijos. La familia tradicional no se evidencia, en este sentido, más firme que las demás. La edad de inicio del ocio individual de los hijos no depende del tipo de familia si se pregunta a los padres sobre la edad a la que empezó a salir su hijo/a, pero si se analizan las pautas de salida efectiva de los hijos según su edad, puede observarse que son los hijos de las familias monoparentales y de las familias tradicionales los que empiezan a emanciparse antes, mientras que los hijos de familias en las que ambos padres trabajan, tienden a hacerlo algo más mayores, aunque a partir de los 13 años ya no hay diferencias. En la adolescencia incluso los padres de las familias monoparentales se muestran más restrictivos que los demás.

La información que proporcionan los padres no coincide, sin embargo, con la que proporcionan los hijos cuando el INJUVE los ha encuestado al respecto, sí en cuanto a la percepción del control parental, pero no así en lo que se refiere a la hora de llegada a casa. Así, según una encuesta realizada a finales de 2002, la proporción de adolescentes que señalan que cuando salen por la noche los fines de semana regresan después de medianoche se eleva al 83%, siendo la hora más habitual de regreso entre la 1 y las 3 de la madrugada (58%). Estos hábitos tan noctámbulos no se dan entre todos los adolescentes, pero están muy generalizados, pues la mitad los practican todos o casi todos los fines de semana. Los postadolescentes, que salen con mayor frecuencia (65%), vuelven aún más tarde, pues, en su mayoría, señalan que lo hacen entre las 2 y las 6 de la madrugada (64%) (INJUVE, 2002).

TABLA 2.9

Frecuencia de salida por la noche los fines de semana desde el punto de vista de los jóvenes

En porcentajes según la edad y el sexo

	15-16	17-18	19-20	21 -29	TOTAL
Varones					
No salgo nunca de noche	28	13	6	9	12
Salgo con poca frecuencia	19	23	16	23	22
Salgo con cierta frecuencia, como una o dos veces al mes	16	20	25	24	22
Salgo todos o casi todos los fines de semana	37	45	53	44	44
Total	100	100	100	100	100
Mujeres					
No salgo nunca de noche	33	14	9	18	18
Salgo con poca frecuencia	22	20	20	29	26
Salgo con cierta frecuencia, como una o dos veces al mes	12	14	21	23	20
Salgo todos o casi todos los fines de semana	33	52	50	30	35
Total	100	100	100	100	100

Fuente: Instituto de la Juventud, Encuesta ocio y tiempo libre, noche y fin de semana, consumo de tabaco, alcohol y otras sustancias, EJ077/2002. Elaboración propia de los microdatos.

Dada la discrepancia entre lo que los padres quieren que hagan los hijos y lo que éstos dicen que hacen, no debería sorprender que el conflicto sobre la hora de llegada a casa fuera habitual en una parte apreciable de familias. A juzgar por lo que dicen los padres entrevistados, sin embargo, la conflictividad por este motivo es limitada, dadas las prácticas actuales de ocio nocturno. Así, la proporción de padres que señalan que tienen discusiones con alguna frecuencia por este motivo es de entre una de cada cuatro y una de cada cinco familias en las que los hijos salen, siendo algo más frecuentes cuando los hijos son adolescentes. Las situaciones de discusiones recurrentes por este motivo son poco frecuentes, pues, como máximo, cabe encontrarlas en una de cada diez familias en las que los hijos salen (8% del total de familias). Por tanto, muchos padres parecen adoptar con frecuencia una estrategia de evitación del conflicto cuando no se cumple con el horario establecido. Casi la mitad de los padres (43%), tanto más cuanto mayores son los hijos, no dicen nada cuando éstos llegan más tarde de lo autorizado, cediendo así autonomía y libertad de acción a sus hijos en este ámbito de la expresión individual. Con los hijos más pequeños, por el contrario, lo más frecuente es que reciban un castigo o que los regañen. La visión que tienen los hijos es marcadamente diferente de la que tienen los padres, pero sobre el particular nos detendremos con más detalle en el capítulo IV.

El dinero para el ocio individual

Dada la dependencia económica de los hijos, los padres necesariamente tienen que financiar el ocio de sus hijos. La mayoría de los padres optan por dar una cantidad mensual o semanal a sus hijos para que éstos la administren, esperando que con ello aprendan el valor del dinero y de las cosas, así como a elegir razonadamente entre la multitud de opciones disponibles. Esta práctica es poco frecuente entre los hijos más pequeños y, a medida que van creciendo y van teniendo un ámbito de ocio individual además del familiar (salen), va haciéndose más frecuente, sin llegar, no obstante, a hacerse universal. Así, mientras que entre los preadolescentes de 12 a 13 años, un 42% recibe una «paga», entre los adolescentes, sube al 62%, y al 67% entre los postadolescentes. Aunque esta práctica está muy homogéneamente distribuida por toda la sociedad, es menos frecuente entre la clase trabajadora y la clase baja. Controlada la edad, se da «paga» con más frecuencia cuando los conflictos inter-

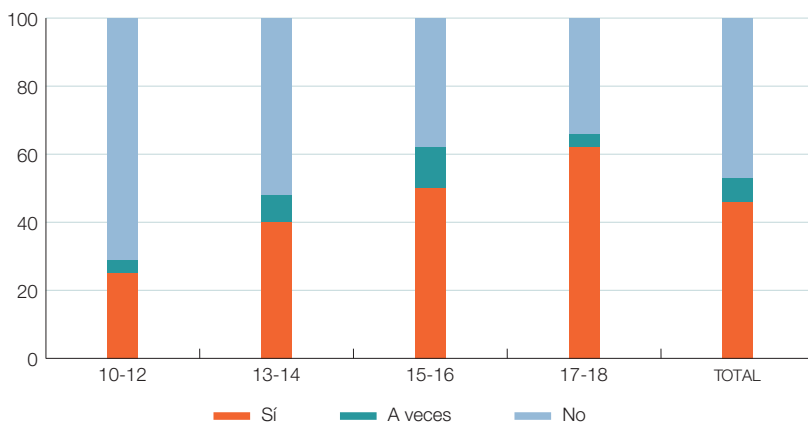
generacionales son mayores, lo que significa tanto que los hijos salen con más frecuencia, como que los padres utilizan el dinero como una forma de dulcificación de los efectos de las discusiones más o menos recurrentes.

La cantidad que los padres dan a los hijos para su ocio individual es muy distinta de unos casos a otros. El importe medio que reciben aumenta con la edad, desde los 22,6 euros mensuales entre los más pequeños (10 a 12 años) hasta los 49,7, entre los postadolescentes (17 a 18 años), siendo algo mayor en las grandes ciudades que en las más pequeñas. Según los padres, no hay diferencias en la cantidad que dan a los hijos y a las hijas, pero según la información proporcionada por los jóvenes en las encuestas del INJUVE (2002 y 2004), los chicos afirman disponer a todas las edades, aunque tanto más cuanto mayores son, de más dinero que las chicas. Por otra parte, aunque hay diferencias en el dinero que los padres dan a sus hijos, la clase social no aparece como una variable relevante. Así, la media mensual que reciben los hijos de clase trabajadora que reciben «paga» es de 40 euros mensuales, mientras que la que reciben los hijos de clase media alta, según sus padres, es de 44 euros.

GRÁFICO 2.13

Padres que dan una cantidad fija mensual de dinero a sus hijos

Porcentaje según la edad de los hijos

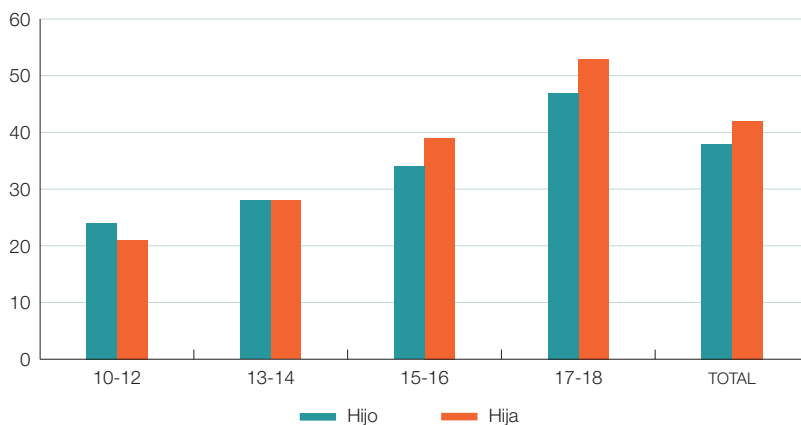


Fuente: G. Meil, Encuesta relaciones padres-hijos, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 2005.

GRÁFICO 2.14

Importe medio mensual de dinero para ocio que dan los padres a sus hijos

Euros mensuales según la edad y el sexo de los hijos



Fuente: G. Meil, Encuesta relaciones padres-hijos, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 2005.

Los hijos, no obstante, en las encuestas de juventud, afirman recibir bastante más, pues, como media, los jóvenes de 15 a 19 años declaran disponer semanalmente de 29,2 euros (INJUVE, 2004).

2.4. La relación con la familia extensa

La familia española suele ser considerada como una familia muy integrada, con una frecuencia de contactos entre los miembros de la red de parentesco muy amplia y una densidad de intercambios de ayuda mutua muy intensa. Los ejemplos que en este sentido suelen destacarse son, sobre todo, el cuidado de los niños cuando los padres trabajan, atender a los padres mayores necesitados de cuidado y el apoyo que los padres prestan a sus hijos en el momento de su emancipación con la formación de su propia familia. A este modelo de alta densidad de relaciones familiares, suele contraponerse el modelo familiar de los países anglosajones y del norte de Europa, donde no sólo la emancipación de los jóvenes es muy temprana y está no ligada a la formación de una

familia propia, sino que la propia densidad de contactos y de ayuda mutua es mucho menor. Aunque todos los estudios que se han hecho en los países desarrollados sobre este tema han concluido que la familia nuclear moderna está lejos de estar aislada de la red de parentesco y han destacado la importancia de los intercambios de ayuda mutua y la frecuencia de contacto entre sus miembros, lo cierto es que la densidad de contactos entre los miembros de la red familiar en España es muy elevada en casi todas las fases del ciclo familiar, como hemos tenido ocasión de demostrar ampliamente en otro lugar (Meil, 2004) y vamos a poder observar también aquí.

Aunque esta elevada densidad relacional se produce en casi todas las circunstancias, la presencia de hijos facilita y promueve los contactos y las ayudas, sobre todo, las de la generación más mayor, la de los abuelos. Los jóvenes, se hayan emancipado o no, convivan en pareja o no, tienden a relacionarse más con amigos que con la familia, pero una vez que tienen hijos, las relaciones con su familia de origen, esto es, con sus padres y, en menor medida, con sus hermanos tiende a acentuarse más. Los abuelos quieren ver a los nietos, y los hijos buscan también su contacto y, eventualmente, su ayuda para resolver su cuidado y su atención, lo que no siempre tiene lugar sin roces o desavenencias. El ocio en el marco de las relaciones familiares tiende, así, a ganar en importancia cuando se inicia el ciclo de vida familiar y cuando las circunstancias son propicias, esto es, cuando se llevan bien y cuando la distancia geográfica que les separa no es mucha. Y esto es lo que se puede observar.

Aunque los mayores odios y conflictos se tienen con miembros de la familia, dada la importancia y centralidad que tienen las relaciones familiares en la vida de los individuos (de ahí también que la violencia de género y contra los niños prevalezca sobre todo en el entorno familiar), lo cierto es que la inmensa mayoría de la población valora positivamente o muy positivamente sus relaciones con los demás miembros de la familia. Así, según una encuesta que realizamos en la Comunidad de Madrid en 2000, los padres con hijos a cargo valoraban sus relaciones con sus propios padres (los abuelos) con una nota de 8,7, e incluso las relaciones con los suegros con un 7,7. Y no creemos que haya grandes diferencias de una Comunidad Autónoma a otra. Por otra parte, la distancia a la que se vive de los miembros de la red de parentesco no es, en general, elevada, lo que propicia, como todos los estudios han puesto de relieve una y otra vez, los contactos y las ayudas mutuas.

Ya hemos señalado en el primer capítulo que, comparativamente con otros países, la proporción de hogares donde viven tres generaciones es relativamente alta en España, pero en la inmensa mayoría de los casos, las generaciones viven separadas, pues la formación de una familia se basa en el denominado principio de neolocalidad, esto es, que la formación de la propia familia pasa por vivir en una vivienda independiente de los padres y, sólo en casos excepcionales de necesidad, tiene lugar en el propio hogar de los padres. La formación de un hogar independiente tiene lugar, no obstante, a no mucha distancia de los demás miembros de la familia de origen, como puede observarse en la tabla 2.10. Así, poco más de la mitad de las familias con hijos viven a menos de 15 minutos a pie de los abuelos maternos, y tres de cada cuatro viven, a menos de media hora de distancia. Aunque los abuelos paternos tienden a vivir algo más lejos, la distancia a la que se vive de ellos tampoco es mucha, dado que dos de cada tres familias viven a menos de media hora de distancia, y un 40% vive a menos de 15 minutos a pie. Como es fácilmente imaginable, en los municipios de menor tamaño, la distancia a la que viven las generaciones es menor que en los grandes, municipios, pero las diferencias, salvo en las grandes, ciudades, no son muy grandes, e incluso en éstas, las distancias son menores de lo que cabría pensar inicialmente. La razón es bastante sencilla; aunque hay una tendencia en las grandes urbes a la recolocación de la población en el área metropolitana en busca de una vivienda más grande y/o más asequible de precio, el barrio en el que se ha crecido, donde se han hecho los amigos y donde reside la familia de origen, ejerce un gran poder de atracción, y cuando hay movilidad tiende a ser hacia el punto de referencia más próximo, esto es, hacia donde se vivió de joven, donde viven los padres. Así, en la Encuesta sobre relaciones familiares en la Comunidad de Madrid, a la que nos hemos referido anteriormente, se puede observar que, entre los nacidos en dicha Comunidad, las distancias a las que viven las generaciones son muy similares a la media nacional: el 48% vive a menos de un cuarto de hora de distancia y el 74% a menos de media hora (Meil, 2004). Esto es, las generaciones viven lejos unas de otras sólo cuando hay migración interprovincial o internacional, y ésta ha dejado de ser un fenómeno generalizado.

Pero no sólo las generaciones de una misma familia viven cerca, sino también el resto de miembros de la red familiar, sobre todo, los hermanos y, en consecuencia, los sobrinos. Esto es así incluso en una Comunidad Autónoma con

TABLA 2.10

Distancia a la que se vive de distintos miembros de la red de parentesco

Distribución porcentual sobre el total de quienes tienen el pariente de referencia

	ABUELOS MATERNOS	ABUELOS PATERNOS	PRIMOS A LOS QUE MÁS VE
Vive en la misma vivienda, edificio o casa	15	8	8
Vive a menos de 15 min a pie	41	32	32
Vive a menos de media hora de transporte	17	22	22
Vive a una distancia de media a 1 h de transporte	8	11	11
Vive a una distancia de 1 a 2 h de transporte	7	9	9
Vive más lejos	11	18	18
Total	100	100	100

Fuente: G. Meil, Encuesta relaciones padres-hijos, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 2005.

tanta movilidad como Madrid, pues, según la Encuesta anteriormente citada, más de tres de cada cuatro residentes (80%) tenía algún pariente próximo a menos de media hora de distancia, y más de uno de cada tres de los nacidos en la Comunidad tenía al menos a uno a menos de un cuarto de hora a pie (68% los nacidos en la comunidad y 57% los nacidos fuera de ella). Aunque no hemos recogido todos estos datos en nuestra Encuesta sobre relaciones padres-hijos, cabe esperar una proximidad aún mayor en las Comunidades que no reciben tanta población de otras regiones, y similar en las que son también receptoras. De hecho, eso se puede deducir de la pregunta que sí hemos hecho sobre la distancia a la que viven los chicos de sus primos. La distancia a la que viven de los primos con los que más se relacionan es similar a la que les separa de los abuelos paternos: dos de cada tres niños tienen al menos un primo de estas características a menos de media hora de distancia, y casi la mitad (40%), a menos de un cuarto de hora a pie (véase la tabla 2.10).

La proximidad residencial, como hemos indicado, propicia el contacto, las actividades conjuntas y, eventualmente, el intercambio de ayudas; y este contacto es frecuente, como puede observarse en la tabla 2.11. Aunque los niños

TABLA 2.11

Frecuencia con la que los hijos ven a distintos miembros de la red de parentesco para pasar un rato juntos

Distribución porcentual

	ABUELOS MATERNOS	ABUELOS PATERNOS	PRIMOS A LOS QUE MÁS VE
Casi todos los días	36	16	24
1 o 2 veces por semana	33	33	27
Varias veces al mes	16	26	23
Varias veces al año	10	14	16
Con menor frecuencia	5	11	9
Total	100	100	100

Fuente: G. Meil, Encuesta relaciones padres-hijos, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 2005.

ven con más frecuencia a sus abuelos maternos, el contacto con los abuelos paternos es también muy frecuente: dos de cada tres niños ven a sus abuelos maternos por lo menos una vez a la semana (69%), y tres de cada cuatro ven al menos varias veces al mes a sus abuelos paternos (75%), siempre que los tengan. El principal condicionante de la frecuencia de contactos es la distancia a la que viven las generaciones y, por tanto, también el tamaño del municipio, en la medida en la que éste condiciona la distancia. No obstante, por lo dicho anteriormente, en los grandes núcleos urbanos la densidad de las relaciones intergeneracionales, y más en general, con la familia más próxima, es también muy alta: un 58% de los niños de los municipios de más de 500.000 habitantes ven a sus abuelos maternos por lo menos una vez a la semana, y un 40% también a sus abuelos paternos, si bien la proporción de los que los ven casi todos los días es la mitad que los niños residentes en municipios de menos de 50.000 habitantes.

Además de la distancia, la edad de los niños también condiciona la frecuencia de los contactos, de forma que a medida que éstos van haciéndose mayores, los contactos son algo menos frecuentes, cualquiera que sea el sexo de los nietos. Este espaciamiento en la frecuencia de los contactos se mantiene con el tiempo, pues la mayor intensidad de los contactos e intercambios tiende a darse entre las generaciones contiguas, y menos entre las más distantes, esto es, que los niños (y con ellos sus padres) tienden a relacionarse más con sus abuelos y menos con sus bisabuelos. Por lo demás, ni la clase social, ni el

estatus laboral de los padres, ni el tamaño de la familia condicionan la frecuencia de contactos con los miembros de la red de parentesco, como tampoco lo hace el cambio familiar.

En caso de separación o divorcio, el contacto de los nietos con la familia del padre con el que no convive se hace más esporádico, pero, a juzgar por las respuestas dadas por los padres entrevistados en esta circunstancia, la ruptura casi total de relaciones no sería la pauta más normal, aunque tampoco es infrecuente. Sólo en un tercio de los casos (34%), los nietos de este tipo de familias ven con menos frecuencia que varias veces al año a sus abuelos paternos, y lo más frecuente es que los vean al menos varias veces al mes (44%), pero son muy pocos los que los ven varias veces por semana. El principal condicionante de esta frecuencia de contactos, más allá de la intensidad del enfrentamiento entre familias a que haya dado lugar la separación, es nuevamente la distancia a la que viven los nietos (de las edades que estamos considerando): si viven cerca, el contacto es más fácil y posible incluso sin que medien los padres, si viven lejos, los obstáculos son mayores, incluso aunque los nietos ya tengan libertad de movimientos. Por otro lado, el contacto con la familia del progenitor con el que se convive, en la inmensa mayoría de los casos la madre, sólo está condicionado por la distancia a la que viven las generaciones, y la polarización que sugieren los datos recogidos en la tabla 2.12 sólo es un resultado espúreo.

Los chicos no sólo visitan con frecuencia a sus abuelos, sino que también juegan y/o se relacionan frecuentemente con sus primos. Como puede observarse en la tabla 2.11, más de la mitad de los chicos ven al menos una vez a la semana a los primos con los que tienen una relación más estrecha, y sólo uno de cada cuatro ve alguno de sus primos sólo esporádicamente. Nuevamente, esta elevada densidad de contactos entre colaterales se da en todas las clases sociales e independientemente de si trabajan ambos padres o no, o del número de hijos, esto es, independientemente de que sean familias tradicionales o modernas. Las únicas variables que afectan la frecuencia de contactos con los primos, más allá de las diferencias de edad que pueda haber entre ellos, son, una vez más, la distancia a la que viven unos de otros y la edad.

En este sentido, el proceso de cambio que está conociendo la familia española y la individualización creciente de los proyectos de vida no conllevan un aislamiento de la familia nuclear de la red de parentesco ni un aislamiento de

TABLA 2.12

Frecuencia con la que los hijos de padres separados o divorciados ven a sus abuelos para pasar un rato juntos

Distribución porcentual

	ABUELOS MATERNOS	ABUELOS PATERNOS	PRIMOS A LOS QUE MÁS VE
Casi todos los días	32	8	17
1 ó 2 veces por semana	20	16	33
Varias veces al mes	14	20	23
Varias veces al año	16	22	9
Con menor frecuencia	18	34	18
Total	100	100	100
Número de casos	56	50	66

Fuente: G. Meil, Encuesta relaciones padres-hijos, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 2005.

los niños y jóvenes de los miembros de su familia de origen. Con la edad y la apertura al mundo que trae consigo la madurez, se produce un distanciamiento de la familia y, en este sentido, el contacto con los primos, salvo que se conviertan en amigos, tiende a debilitarse y a espaciarse cada vez más. Y esto es así con más intensidad para los jóvenes varones que para las mujeres jóvenes, profundizándose aún más cuando los jóvenes inician su propio proyecto de vida familiar (Meil, 2004).